

Lo que aprendan está adentro.

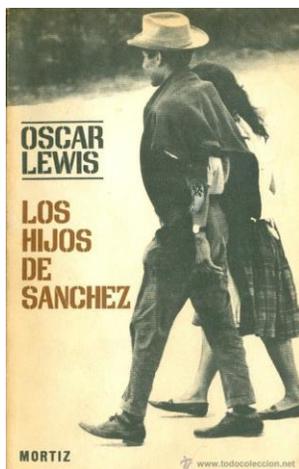
Tantas vueltas en la vida. Tantas casualidades que a uno lo van endilgando. Muchas veces gracias a un encuentro. Miro a mis nietos y cada uno parece una adivinanza, ¿a dónde caminará?

Salí en 1960 del colegio. Me metí al seminario, y salí en 1964. Me gustaba la literatura inglesa y quise ser profesor de literatura inglesa para compartir la vivencia que me entregaban los poetas especialmente como T S Eliot. Pero un sabio amigo, el padre Jorge Cánepa, me dijo que, si estudiaba inglés, en Chile, jamás enseñaría literatura inglesa, sino que me tocaría enseñar a hablar inglés, lo que no es muy entretenido.



Si tú quieres educar, piensa no en educar a 40, piensa en 40 mil, me dijo, “entra a periodismo y entra a la U. de Chile”. Es lo que hice. Y le agradezco mi vida al padre Jorge Cánepa.

Aprendí mucho en la Universidad de Chile, lo primero, la diversidad. Abrí mi horizonte más allá de lo que los libros jamás me habían abierto. Recuerdo el impacto que tuvo en esos tiempos el libro “Los hijos de Sánchez” de Óscar Lewis.



Ese libro validaba la metodología de la observación participante: instalarse en un punto a mirar y luego relatar los detalles. Contar la vida. No es trivial el afán del ministro Marcel por exhibir su colección de corbatas. No son triviales los tatuajes del brazo del presidente Boric. No es trivial el rouge de la ministra Vallejos. Tampoco resulta trivial la corbata humita del ex rector Luis Riveros.

Mi papá, Nicolás Luco Herrera, abogado de Corfo, y su primo, Joaquín Luco, premio nacional de ciencias y fantástica persona, se reunían a fines de los 90 a conversar. Fui testigo de las conversaciones. Eran los últimos años de ambos. “¿Y cómo estás, Colacho?” Le preguntaba Joaquín a mi papá. “Bien”, respondía mi papá. Y “¿Cómo estás Joaco?” “Bien”, respondía mi tío Joaco. “¿Y cómo estás, Colacho?”, le preguntaba de vuelta Joaquín. “Bien”, le respondía mi papá. Y así, seguía la conversación, incentivada por unos vasitos de pisco.

Oscar Lewis. La vida. Cada uno tiene algo que contar así.

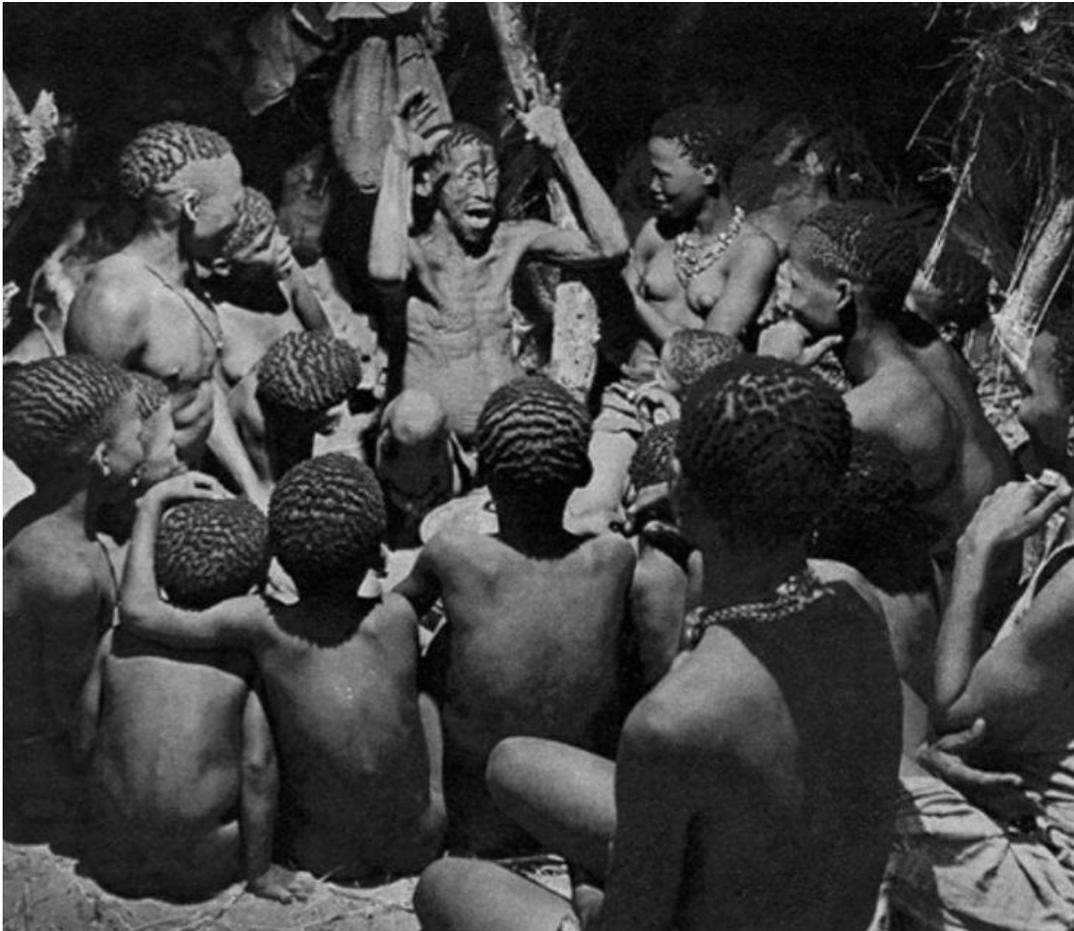
Detalles

Una de las grandes lecturas de mi adolescencia fue el diario de vida de Santa Teresita del Niño Jesús. Que llevaba a mirar desde un Jesús que aprecia el gesto pequeño.



Un señor se agacha y le pasa a otro el celular que se le cayó en el metro. “Gracias hermano”, le dice el dueño del aparato.

En un momento me imaginé como el brujo de la tribu. Como esa gran foto de la exposición de Naciones Unidas que algunos de los que quedamos vivos vimos en la Casa Central de la Universidad de Chile, “La familia humana”



Y, en lugar del papel de enseñador, de educador, se me apareció el rol de pontífice, de hacedor de puentes, de unidor de culturas, tal como yo había aprovechado mi inmersión en el Pedagógico de la U de Chile para establecer puentes con personas y culturas desconocidas, con ese adjetivo tan duro que tiene el español: AJENAS. Culturas ajenas. Oscar Guillermo Garretón, en su autobiografía que aparece pronto y de la cual La Tercera publicó un capítulo el domingo 13 de agosto, también se adjudica esa búsqueda de ser puente.

Es así como también adquirí esa noción de estar- no estar. De ser parte, de ser incluso líder en algunos momentos, pero también de subirme al palco a observar, apreciar, no para hacer, para conocer.

Renuncié por eso a militar. Me parece aún atendible lo que defiende una persona, un grupo, a expensas, en contra de los demás.

¿Cómo hacer un puente?

Tecnologías de la comunicación

He tenido tres experiencias simples pero cruciales para esa, mi esperanza.

Uno, los papelitos amarillos. En reuniones en la Escuela de ingeniería de la UC, alumnos de pregrado buscando soluciones, anotando en papelitos amarillos 3M sus ideas y pegándolas en una pizarra blanca, luego jerarquizándolas, simplificándolas, transformándolas en proyectos. Los papeles amarillos quedan como rastros del pensamiento de cada cual... y se pueden unir, contrastar, oponer, para ir viendo cómo al final se puede alcanzar un compromiso.

El profesor de computación de ingeniería de la U, Víctor Pino, en los años 80, diseñó un software para que el parlamento pudiera mejorar sus deliberaciones: eran círculos concéntricos, en el centro estaban los parlamentarios y alrededor, se instalaban, intercomunicados, asesores permanentes u ocasionales... y, muy importante, con la Biblioteca del Congreso, que hasta hoy cumple ese rol de asesor a los trabajos parlamentarios.

Finalmente, en una experiencia que participé en la Vice Rectoría de Comunicaciones de la UC en 1972. El National Film Board de Canadá le donó a la PUC un laboratorio de video completo, con un arsenal de cintas para grabar, con el objetivo de probar en Chile una metodología de intervención social por medio del video. Se llamaba “Desafío para el cambio” y había sido desarrollada entre los esquimales. Se les había entregado cámaras a algunos miembros de la comunidad y habían registrado sus vidas sin intervención externa.

Luego, las comunidades se habían visto grabadas. Habían comentado las imágenes de sus vidas. Estas reuniones eran también grabadas en video y luego nuevamente mostradas a las comunidades.

Aplicamos, con la periodista Mónica Blanco, la metodología en la Comunidad Campesina Los Silos, de Pirque. A un par de campesinos los capacitamos para usar las videocámaras y lo que ellos grabaron se exhibió a la comunidad. En esta operación “espejo” fue apareciendo el más profundo de los conflictos de la comunidad: los jóvenes de Pirque no querían ser campesinos como sus padres.

Grabamos entonces a los jóvenes por su cuenta, explicando sus anhelos. Grabamos a los campesinos por su cuenta, planteando sus quejas y necesidades de apoyo. Intercambiamos las cintas. Grabamos a los jóvenes viendo y discutiendo los planteamientos de los mayores. Grabamos a los mayores viendo el planteamiento de los jóvenes.

Al final, hubo un reconocimiento de lo inevitable: los jóvenes campesinos de Pirque querían ser urbanos.

Para mí la moraleja es que podemos intentar construir metodologías de diálogo. Los papeles 3M de los ingenieros, las reuniones mediatizadas tecnológicamente de los campesinos de Pirque de 1972, abren un camino, una ingeniería de la relación humana. Puentes.

Eso pasa por reconocer la humanidad. Las corbatas de Marcel, las vivencias de los padres de Boric, la generosidad de los pilotos de la Fach apoyando a sobrevivientes... La farándula se apoya en esta ansia de saber del palpitar humano.

En todo esto, mientras respeto y aplaudo y venero la política, yo he optado por no tocarla en mi quehacer.

Sobreviví como periodista épocas muy sísmicas. Y decidí construir, al final, una "persona" (un personaje, un carácter) no claramente adscribible a una posición. De hecho, en 1969, cuando militaba en la DC y se formó el Mapu, anuncié que no militaría nunca más. No me abanderizaré, seré capaz de criticar o de aplaudir lo que me parezca.

Es muy cómodo, se dirá, no jugarse. Pero he tenido buenos defensores, llegado el caso. Otras veces he optado por la tangente, por el humor, por el conocer el universo por la ciencia, factores comunes.

Trabajé en Revista del Domingo de El Mercurio entre 1979 y 1990, y me gustó mucho conseguir, en esos años de limitada libertad, escribir sobre temas que, creo yo, afectaban las emociones sociales, los sentimientos, la verdadera esencia del existir y el existir social.

Eché de mano del humor, del ridículo, de múltiples recursos comunicativos, el oficio.

Un flujo. Le escribí cartas de amor a una modelo bella, Cheryl Tieggs, de repudio a un galán de mi edad, Julio Iglesias, con colegas hicimos experimentos de investigación participativa, por ejemplo, simulando disputas públicas en pareja, guiando un taxi, probando qué tal cambiaba la vida si uno, calvo, usaba peluca. Pero, lo que más nos marcó a todo el equipo de Revista del Domingo de ese entonces, eran los reportajes a pueblos de Chile: Peor es Nada, Sal si puedes, Polonia, Roma... Punta Arenas... Encontrar la vida simple, las tardes en las plazas, enfocar el traqueteo cotidiano de un pueblo mirándolo como si fuera una capital del turismo mundial. Poner Chile y su gente en el territorio. Trabajamos con grandes fotógrafos, con maravillosos ilustradores.

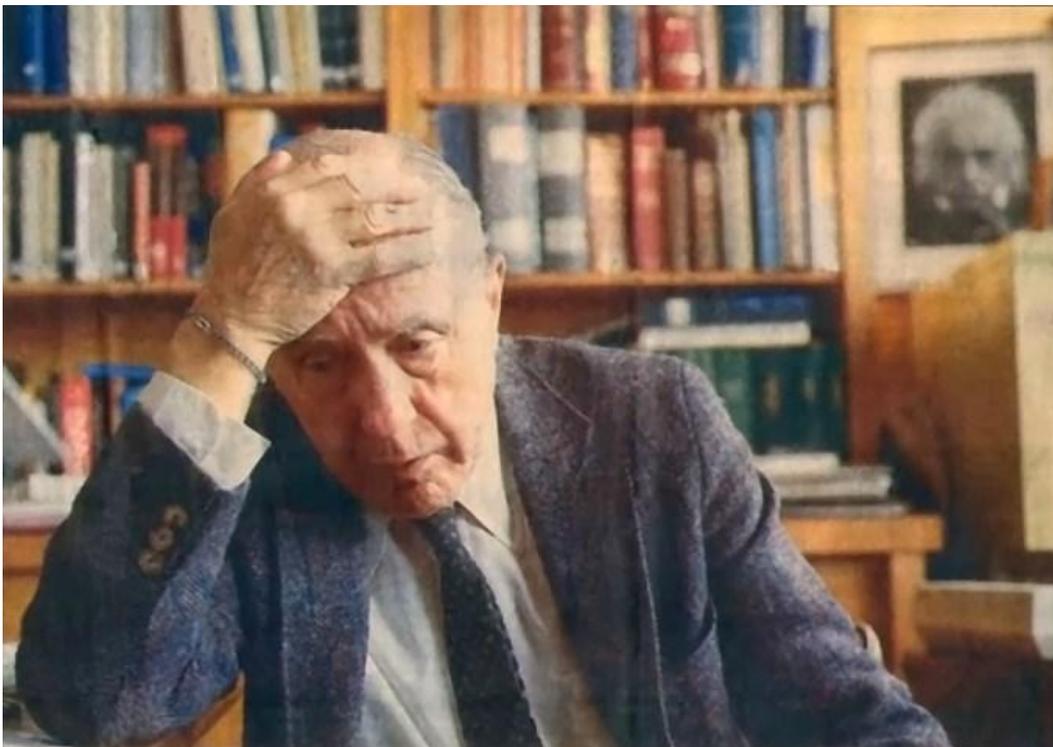
Y Luis Alberto Ganderats, que falleció recién este año, desplegaba una intuición maravillosa para relevar al Chile cotidiano, al Chile histórico, al Chile de los grandes exploradores y al Chile farandulero. De su creatividad surgieron reportajes como "Somos las lindas pirulas", donde se rió de la siutiquería que empezaba a tomar cuerpo. También mostró a las mujeres más bellas de regiones, las misses locales, fortaleciendo así la cultura regional, la vida cotidiana regional. Las emprendió contra las teleseries, los títulos profesionales comprados, los vicios del tabaco y del alcoholismo. Fue un privilegio formar parte de ese equipo, junto con Ricardo Astorga, Lucía D'Allburquerque, Luz María Astorga, Alexis Jéldrez, Jorge Ianisewsky, a veces Malú Sierra. Una luz para un Chile en tensión, a fines de los 70 y durante los 80.

Después, me tocó editar el suplemento de Ciencia y tecnología Siglo XXI de El Mercurio, entre 1990 y el 2000. De nuevo, suerte. Era montarse en el despertar de la era digital. Los primeros aparatos. La imaginación de quienes asumían estas transformaciones, entre ellos, un personaje olvidado: Hernán Büchi, quien como

Ministro de Hacienda tuvo la visión de eliminar los tributos a los computadores, desatando así la inmersión de Chile en el mundo digital, especialmente con los computadores domésticos, los Commodore, los Atari.

Conocí a Bill Gates, a Steve Jobs, a Larry Ellison, a Craig Venter, Carol Bartz, John Chambers... Fui el primer periodista, en 1986, en tener una casilla de correo electrónico. Gocé con el ingenio humano. Y con los golpes noticiosos: La ampliación del aeropuerto de Mataverí por la NASA, que abrió las puertas a que Chile fuese el primer país en conectarse con la red mundial de A. Latina, gracias a personas que estaban en el lugar preciso en el momento preciso.

Entrevisté a grandes personalidades, el más importante para mí fue el físico teórico John Archibald Wheeler, uno de los genios de la física contemporánea. Hablar de la intimidad del átomo y la belleza, fue un deleite para mí y para él.



Y también entrevisté al joyero Hans Stern, la primera pregunta que le zampé fue ¿" Es usted rico?". Y sabiamente habló de la diversidad de riquezas.

Me tocó hacer clases. Gonzalo Beltrán, director de Periodismo U de Chile en 1974, me pidió que enseñara teoría de la comunicación. Post golpe, el ambiente no daba para teorías. Así es que ocupé ejercicios de la gestáltica, con uso del cuerpo, para establecer relaciones insospechadas entre alumnos y alumnas. De ese curso tengo los mejores recuerdos y también creo que a varios los marqué. No son sólo las palabras las requeridas para que los humanos nos relacionemos.

Y aquí estoy, mirando el hoy y el futuro, leyendo al cínico de Harari, viendo el aterrador Oppenheimer, leyendo sobre las armas de presente y el futuro. Investigando si es cierto que Olmué es el mejor lugar del mundo para resistir una conflagración

nuclear. Y averiguando sobre la ingeniería de alimentos, los nuevos alimentos como la mayonesa vegana, las formas de alimentar a los mayores cuando disminuye su capacidad de controlar qué se va a los pulmones y qué se va al estómago. Y las formas de cambiar las dietas.

Adorador de la naturaleza, he aprendido a observar las aves. A admirar los gusanos. A vibrar con el ímpetu de científicos jóvenes.

En la U. de Concepción, en el laboratorio de óptica fotónica, le comenté a tres ingenieros que me querían mostrar el fenómeno del entrelazamiento cuántico bisectando un fotón, diciéndoles que si ellos trabajaran fuera de la Universidad ganarían diez veces más. “Lo sabemos”, me dijo uno, “pero esto es lo que nos gusta”.

Así es que regreso a los años primeros de periodismo, a observar los seres vivos, los humanos y sus aspiraciones y gozos con el conocer, con el crear, con el descubrir.

Y, por supuesto, estar surfeando la ola de lo que se está incubando. Intentando mirar el porvenir con esa esperanza que me mostró John Archibald Wheeler, cuya búsqueda de la verdad estaba signada por la belleza.

Dentro de todo, también veo lo terrible. Las armas, durante la historia, han impulsado la ciencia. La guerra debe ser ganada. Quizás algún día luchen robots contra robots, como si la disputa del poder pudiera ser como un deporte. Pero no funcionan así las cosas. No podemos evadir los conflictos. No me gusta esto. A tantos no nos gusta esto, y hablamos poco de la ciencia de la defensa. Pero ahí está, inventando la pólvora y más.

Una estrella alumbra sobre todo eso. Y es la astronomía. La inmensa inversión en descubrir el universo, en saber de ese espacio-tiempo, de saber de la intimidad de la materia, apunta a la belleza y la esperanza del conocer.

Y acá estamos tan cerca de ese observar, calcular, gozar... para saber.

Hoy pasé una mañana en el campus San Joaquín de la PUC. Entrevisté a dos grandes profesores. Ví sus laboratorios. Y me conseguí una mesa en la biblioteca con vista a la Cordillera, rodeado de descubridores. Escucho los murmullos de sus conversaciones, los miro compartiendo sus pantallas. Atrás mío una alumna le explica a su compañero su visión de la materia de estudio. Y él le hace acotaciones, pero es ella quien parece dominar el intercambio.



Es tan bueno regresar a los centros de estudio. Almorzar en los casinos y sentir el impulso de quienes quieren saber. Ver sus relaciones, sonrisas, afectos. El contacto personal es inigualable. El café o la galleta, la comensalidad, algo más que la nutrición.

Aquí se aprende a ser sociable. También aquí se da la política.

Cuando yo enseñaba comunicación el año 1974 en la U. De Chile, uno de los ejercicios que hice fue llegar con un saco de naranjas, que repartí. Luego pedí que cada cual pelara su naranja, sin comérsela. Luego, debían darle un gajo a quien estuviera más cerca. Los vi abrir las bocas, aceptar eso tan elemental, y también eso de proveer alimento, como hace una pareja de aves a sus polluelos. Y comentarlo.

Hay tanto que generar en la comensalidad. El bife a lo pobre, me decía el premio nacional José Miguel Aguilera, aporta colesterol, pero ¡qué gozo de una mesa de amistad, almorzando esa riqueza de sabores!

No sé si se sabe lo que yo opino en política, intento no revelarlo públicamente. Porque tengo amigos de tantas ideas en aparente conflicto. Practico, llamado por mi profesión, la empatía. Alguna vez he envidiado a los trabajadores del sexo, que aunque cobran, terminan conociendo tantas realidades, tantas vidas privadas, tantas confesiones anónimas.

Mantengo mi religiosidad. A menudo, en conflicto con la ciencia, pero he logrado separar las vías, para esperar, alguna vez, unir las. Agradezco a mis padres que me criaron en la fe religiosa. Y activo todas mis neuronas cuando encuentro las contradicciones ciencia/fe.

Soy feliz descubriendo. Descubriendo con otros, gracias a mi profesión. Hoy conversando con José Miguel Aguilera me contó cuándo él, como ingeniero, optó por comprender la alimentación no desde lo macro, sino que, desde la física, la química, la intimidad de los elementos de la nutrición, su interacción con la biología del cuerpo, su rol en la alegría y en la vida social. Un todo. Me recitó la definición de salud de la Organización Mundial de la Salud: “La salud es un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones y enfermedades”.



Él, adulto mayor, se concentra en aplicar lo que ha vivido y conocido en la alimentación de sus coetáneos. Porque el estómago se une al cerebro, a los múltiples sentidos, en lo amplio y en lo íntimo.

Tantos aportes del conocimiento. Ayer estuve en un club de adultos mayores de lo que era Conchalí. Habitantes de 40 años en esa zona de toma de terrenos, probablemente ellos mismos, tomadores de sitios en algún momento. Hablábamos de cómo los celulares les habían abierto espacios. Una señora contaba cómo su hijo en EE.UU. le mostraba por videoconferencia la tormenta que amenazaba su casa.

Vidas, palpitations, comunes.

Muchas gracias.